

HEINE, por Enrique Espinoza

(Ediciones Babel)

Por Fernando Durán V.

El sírvido es que tienen algunos sectores de hoy a Enrique Heine acierta una profunda injusticia. No solo fue un magnífico poeta, de aspiraciones tan profunda como delicada, sino que puede llamarsele con justicia un clásico dentro del romanticismo y uno de los grandes representantes de la verdadera literatura "comprometida".

Decimos la verdadera, porque el "compromiso", como se insiste en llamarlo, consiste simplemente en la presencia de un escritor frente a su tiempo, en la palabra y el pensamiento que aporta a la vida que el hombre y la sociedad necesitan para entenderse y situarse en su respectivo instante histórico. En suma, en "compromiso" se refiere, - y por eso también se acepta - a ser un testigo y artífice de su época. O sea, a crear dentro de las circunstancias y circunstancias de la actual pero, por supuesto, desde el trasfondo vital de una proyección meta histórica. Se escribe "en el tiempo" y "desde el tiempo", pero siempre se está escribiendo para la eternidad.

En breve e inteligente volumen que acaba de co-surgir al gran poeta alemán, Enrique Espinoza, con su habitual lucidez y penetración, traza una serie de imágenes y perspectivas sobre Heine. Todas ellas tienen la gracia de la brevedad, la elegancia de la concisión y la exactitud del pensamiento y de la palabra justa.

Cuando Heine publica sus primeras poemas, el romanticismo se encuentra en su apogeo. Todo un mundo velado y mercedando ha desaparecido. Otro empieza a gestar por donde surge la ruina del que se evapora trágica y dolorosamente. Para un catastrofista, se habría más que escombros y ruinas.

Para un optimista, todo sería paradiso y utopía. Para un hombre sensible y culto, capaz de entrar por encima de la estrechez de las circunstancias, el dramático abre la posibilidad de edificar algo nuevo, el poema está ahí por crear y, en consecuencia, la crisis y la transición de este maravilloso período es que todo depende de la capacidad creadora del hombre. En suma, la hora maravillosa en que el espíritu humano se halla con una página casi totalmente en blanco. Todo lo anterior fue borrado. El desafío consiste en ser capaz de limpiar y de recoger en ella todo lo nuevo y la verdadera que el instante, - instantáneo, al fin, del tiempo - permite escribir allí.

Heine tenía su alma revolucionaria lúcida. Consta el amor, el sufrimiento, la alegría, la tristeza, la espera,

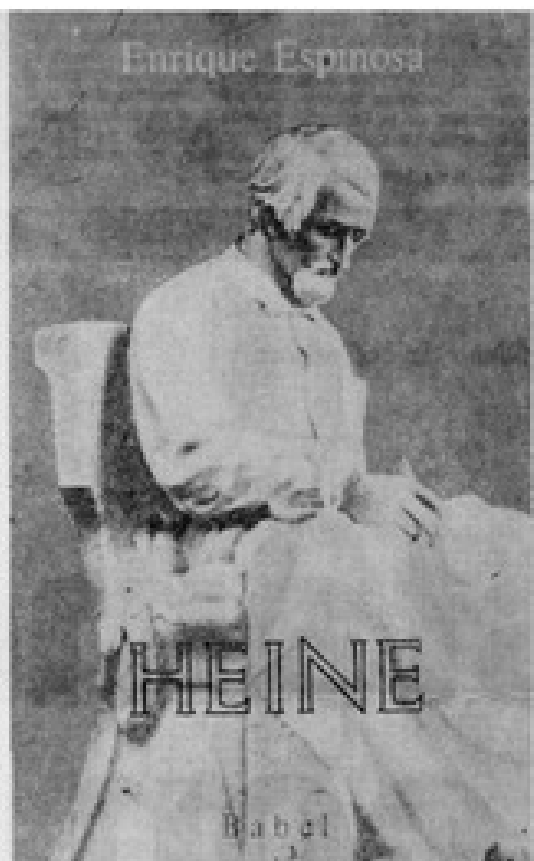
la incertidumbre, el logro que empuja, regocijadamente el corazón. Libre al verso en-camado del clasicismo en-vejado y le da una estructura más oscura, pero cuyo valor esencial, consistente en la liberación del espíritu, poseedor ahora de unos medios expresivos que la rigidez casi "tradicional" de los clásicos hacía imposible.

Heine internando y fondea a esta altura recordar que la poesía ha pasado, como los regímenes políticos, por épocas de libertad y de "dictadura", y que si las reglas inflexibles formaron al poeta a buscar nuevas puertas por donde en-contrarse consigo mismo, también se convirtieron en cárcel que sólo podían abrir e salir los espíritus dotados de una agilidad y de una fe realmente atómicas.

El romanticismo abrió las puertas de la prisión dogmática y burocrática. Al burocrata le aferra mano a que se hace que lo que, a su vez, se hace, se acepta que se haga. El clasicismo, que aparece como inventiva y explosión creadora, se apaga en su camino y conviértase a la regla es sucedáneo de la inspiración y del talento. Pero este ab-solutismo, como la historia lo pone en evidencia, era universal. Heine era el dictador de la poesía como los hebreos era los dictadores de la política. Si estos decían que "el Eterno soy yo", el prosopista argumen-taba, con iguales derechos o ausencia de ellos, que la poesía era él.

Enrique Heine representa uno de los espíritus más revolucionarios de su época, pero, a la vez, como uno de los que mejor sintió la medida, el silencio y las proyecciones de una revolución.

El bonapartista, admirador del gran napoleónico, se acepta los arrebatos du-racionales del hombre genial. Como tampoco los acepta Beethoven. El Napoleón que lucha prodigiosamente por la libertad humana y la justicia social, por el más allá pueblo de esos días, como el mismo que se proclama Emperador y restaurador, con toda la desbordada riqueza del pobre convertido en rico, del humillado y ofendido vuelto humillante y ofensor, la apoteosis del bueno, del esplendor triunfal y de la "monarquía al revés". Porque, no le dividimos, todo monarca nació en alguna forma del pueblo, con la diferencia de que muchos se vuelven proclama-ciones en él. Y las formas de volverse son tan variadas como las que existieron a un Napoleón, las que habían iniciado el absolutismo con



Clodoveo, o que hay la repión con la monarquía cerrada del marxismo ruso, chino o cubano.

La aguda inteligencia de Enrique Espinoza, ayudada por una cultura admirablemente amada y que en todo el libro se siente vivo que como la respiración natural de una persona, fija la importancia y la originalidad de Heine, en términos sorprendentemente actuales.

Porque Heine, además de revolucionar la lírica y servir de antecedente a un Heinegger, a un Rulfo Díaz y a un Jorge Luis Borges, sin olvidar su influencia sobre un Juan Ramón Jiménez y un Rafael Alberti, ni al propio García Lorca, fue una alta figura civil, un democrata con agudo sentido social que en su calidad de auténtico humanista no está ajeno a nada de lo humano.

Heine conoció el nacimiento del comunismo y en Marx y Engels hay pruebas evidentes de su influjo. No decimos a su favor Engels que "Enrique Heine, el más eminente de todos los poetas alemanes vivos, se ha unido a nuestros días y publicado un volumen de poesía política, con algunas pistas que lanzaba predican el socialismo".

Para la injusticia social, que tanto conmovió la sensibilidad poética de Heine, tenía otro sentido distinto del marxista. Ya lo había dicho Heine: "La Revolución debe conseguir para todos los hombres, no sólo el derecho al pan, sino también a la poesía". Su sentido social iba hacia el hombre, no hacia su numeración en el Estado. Quería una sociedad de hombres libres y grandes, no la seriación de los individuos dentro del gran rebaño estatal. Se comprometió con la ver-dad, la revolución y la justicia.

pero conservó siempre esa libertad esencial en la cual el hombre es el poeta pueden repetirse tales. Comparta el pensamiento de Goethe: "un poeta tiene partido un poeta, está perdido, porque tiene que decir adios a su espíritu libre y a su visión imparcial y ponerse sobre las orejas el grueso bonete del odio ciego".

La recordación de Espinoza subraya esta fundamental universalidad del alma de Heine, situada en su época pero saliendo de ella hacia la visión del hombre inscrito en su época pero excediéndola por su alcance porque nuestra mente está más alta de la limitada hora que marca el reloj.

De allí la permanencia humana y su irradiación en el pensamiento y en la poesía de todos los tiempos, era la esperanza o era la americana.

Hay que agradecer al autor su admiración fervorosa hacia Heine, su aguda consciencia de la obra de "este y otros", así como su demostración de la riqueza del gran romancista, en cuyas páginas podrán todos recoger el testimonio de un alma independiente, no limitada, rica en sensibilidad y, sobre todo, abierta al presente y al futuro sin olvidar que el hombre pasa por el tiempo pero permanece en lo que es duradero y definitivo hacia sentido exterior y espiritual.

Es uno de los secretos del alma humana, tan visible en las páginas de Heine, y cuya misteriosa esencia es haber abierto al mundo las banderas del espíritu, la libertad esencial que lo habita y la visión, proclama de que siempre estamos marchando hacia una visión, concreta, pero en esta tierra, insalvable, tierra prometida.

Heine [artículo] Fernando Durán V.

Libros y documentos

AUTORÍA

Durán V., Fernando, 1908-1982

FECHA DE PUBLICACIÓN

1972

FORMATO

Artículo

DATOS DE PUBLICACIÓN

Heine [artículo] Fernando Durán V.

FUENTE DE INFORMACIÓN

[Biblioteca Nacional Digital](#)

INSTITUCIÓN

[Biblioteca Nacional](#)

UBICACIÓN

Avenida Libertador Bernardo O'Higgins 651, Santiago, Región Metropolitana, Chile